

**NOT BETWEEN MEN: REPUDIANDO  
EL DESEO HOMOSOCIAL  
EN LOS CUADERNOS DE DON RIGOBERTO  
DE MARIO VARGAS LLOSA  
PEDRO KOO**

La novela *Los cuadernos de don Rigoberto (LCDR)* (1997) de Mario Vargas Llosa, publicada nueve años después del lanzamiento de *Elogio de la madrastra* (1988), es la continuación del triángulo amoroso que se desarrolla entre don Rigoberto, doña Lucrecia y Fonchito. La secuela se inicia seis meses después de que don Rigoberto, enterado de la infidelidad de su mujer con su primogénito, Fonchito, arroja a su amada del hogar. Su ausencia conduce aparentemente a que don Rigoberto renuncie a la vida sexual y erótica que había creado con la complicidad de Lucrecia y sus obras pictóricas en su lecho conyugal. Al final de *Elogio de la madrastra*, Justiniana, la criada, describe el comportamiento de don Rigoberto después de la partida de su esposa de la siguiente manera: “desde que se separó de tu madrastra parece un alma en pena [. . .] se ha vuelto un cucufato como no he visto. Los hombres se vuelven así cuando sienten que van a morir” (185). Sin embargo, en *LCDR*, el lector se entera de que la pasión y el deseo inherentes en la personalidad del personaje, ya imposibles de ser puestos en escena, se mantienen vivos en su diario personal a través de utopías eróticas en donde Lucrecia es la protagonista de increíbles escenarios amorosos.

*LCDR*, sin embargo, no se limita a desarrollar estas fantasías sexuales, sino que presenta además ocho misivas que escritas a manera de ensayo abogan por la plena libertad del individuo, libertad que respalda el derecho de (re)crear una sexualidad sin límites. La estrecha relación

entre estas fantasías sexuales y estos ensayos es palpable en la medida en que estos últimos son, una filosofía del erotismo y por ende una defensa de la creación de las primeras. De la lectura de estas cartas se colige que la libertad tan anhelada por el individuo está amenazada y restringida por la omnipresencia del rígido sistema patriarcal y por aquellas instituciones que la representan, espacios construidos en función a credos colectivistas que regularizan el comportamiento de sus miembros al imponerles específicos y estrictos estándares de conducta que los despojan de todo individualismo. El rechazo que manifiesta don Rigoberto a estas instituciones hegemónicas, tales como el deporte y los clubes sociales, entre otros, que se caracterizan por su naturaleza homosocial, representa un ataque a todas aquellas imágenes monolíticas que configuran la masculinidad hegemónica. Estos ensayos críticos, por lo tanto, se presentan como textos subversivos que deconstruyen y cuestionan los mismos elementos en los cuales se forjan y se ponen en práctica los ideales masculinos dominantes prescritos por el sistema.<sup>1</sup>

Además de ser una crítica a las instituciones hegemónicas por excelencia, el rechazo al colectivismo de don Rigoberto se insinúa también como una alternativa a aquella conducta masculina ideal. El personaje se rebela para reivindicar su derecho a ser diferente y para satisfacer su deseo sexual por medio de la imaginación activa que se hace tangible, mas no pública, con la palabra escrita y que tiene como inspiración la lectura de sus amados libros y de sus propios cuadernos, la contemplación de sus obras pictóricas y el recuerdo de la amante ausente: Lucrecia. El arte como elemento de inspiración y de creación se transforma, por lo tanto, en el medio de salvación del personaje y también en el "texto" con el cual y en el cual don Rigoberto construye su identidad masculina.

En "Postmodernidad y reflexividad estética en *LCDR*," Hedy Habra no sólo realiza una lectura posmoderna del texto, sino que además resalta los rasgos de la postmodernidad más sobresalientes tales como el acercamiento fragmentado hacia los personajes, la investigación artística presentada de forma reflexiva, la naturaleza ambigua de la novela, la creación de un mundo ficticio que representa la dimensión

ontológica del texto y la yuxtaposición de elementos pertenecientes tanto a la cultura letrada como a la cultura popular. Si bien las características que estudia Habra son elementos que representan la condición de postmodernidad del texto vargallosiano, dicho estudio, sin embargo, no considera el espíritu postmoderno de la obra. Según el crítico francés Jean-Francois Lyotard, la esencia misma de la postmodernidad se encuentra presente en su postura de "incredulity toward metanarratives" (xxiv). Es decir, Lyotard entiende el movimiento como una tendencia hacia el rechazo y la deconstrucción de ciertas verdades consideradas universales o eternas (Harvey 45). El objetivo de la postmodernidad o de cualquier obra perteneciente a ella, por lo tanto, "is to subvert the foundations of our accepted modes of thought and experience so as to reveal the 'meaninglessness' of existence and the underlying 'abyss,' or 'void,' or 'nothingness' on which any supposed security is precariously suspended" (Harvey 168-169). Los ensayos presentes en *LCDR*, funcionan también como el elemento subversivo que cuestiona y deconstruye la metanarrativa que representa en la novela la masculinidad hegemónica que ha sido y sigue siendo percibida como algo natural y dependiente de "innate biologic factors" (Treadwell 259).

En estas cartas diatribas, don Rigoberto critica a una serie de instituciones patriarcales que según él restringen la libertad del individuo y los convierte en hombres gregarios. Si bien sus cartas cuestionan la existencia de dos sexos, y por lo tanto de dos géneros, la causa cívica de los clubes sociales, entre otros, estas cartas tienen en común el rechazo de esas vinculaciones masculinas que manifiestan ese deseo homosocial masculino inherente en el hombre. Tomando en cuenta de que este tema se desarrolla insistentemente en estas misivas, para la discusión de este trabajo se han considerado solamente tres de ellas: "Carta al rotario," "Diatriba contra el deportista" y "Carta al lector de *Playboy* o tratado mínimo de estética".

La pluma inquisidora de don Rigoberto segrega su tinta mordaz al criticar los clubes sociales y las asociaciones cívicas en su ensayo "Carta al rotario." Acompañado de una actitud escéptica hacia el espíritu cívico que define a estas instituciones, don Rigoberto las describe

como espacios homosociales masculinos que niegan la membresía a las mujeres. Además, él sugiere que detrás de esa fachada altruista, se revela un grupo de individuos deseosos de satisfacer sus placeres mundanos. Don Rigoberto le inerepa a ese anónimo rotario que son los miembros de estos clubes quienes se benefician principalmente de su constitución porque ellos satisfacen ciertos goces que distan mucho de aquella desinteresada ayuda que supuestamente se logra mediante la beneficencia pública y la solidaridad humana:

Los principales beneficiarios de esa generosidad colectivizada son ustedes mismos, empezando por sus estómagos, deglutidores de esos menús semanales, que, en esas veladas de confraternización (¡horroroso concepto!) regurgitan de placer intercambiando chismes, chistes colorados y rajando sin piedad del ausente. (*LCDR 166*)

El tipo de institución cívica moderna que don Rigoberto bosqueja se asemeja a aquellos clubes que aparecieron en Europa, especialmente en Inglaterra, a comienzos del siglo XVIII, clubes en donde sus miembros, específicamente hombres, participaban en ritos sociales que tenían como principal objetivo la satisfacción de sus placeres más básicos. Marie Mulvey analiza el fenómeno de los clubes sociales tal como se desarrollaron en la Inglaterra durante el período de la Iluminación y considera a estas instituciones como “the enduring legacies of the eighteenth century” (48). El siglo XVIII representa en el acontecer histórico inglés, un momento de profundos cambios en donde el progreso material y económico de la nación junto con el surgimiento de una teología cristiana más benevolente permitieron que la práctica del hedonismo y de los placeres mundanos se convirtiera en un derecho legítimo de sus ciudadanos. Durante este período histórico un gran número de ciudadanos ingleses, especialmente de la clase alta, buscó “fulfillment in this world rather than only in heavenly salvation, to achieve the gratification of the senses not just the purification of the soul” (Porter 3). Como resultado, un sinnúmero de actividades orientadas a la satisfacción de estos placeres se llevaron a cabo, siendo los

clubes y las asociaciones sociales unas de aquellas instituciones en las cuales sus miembros se reunían con otros para compartir sin tapujos un interés en común.

La popularidad de estos clubes en Inglaterra llegó a niveles alarmantes debido al creciente número de estos lugares de reunión y a la variedad de intereses que éstos representaban. Mulvey señala que el carácter homosocial de estas organizaciones permitía irónicamente que los miembros se comportaran no sólo libre sino transgresivamente en la medida en que sus socios, a pesar de representar los rasgos más predominantes del sistema patriarcal, también se apropiaban de "characteristics associated with the opposite sex" (50). En el ensayo se percibe asimismo dicha contradicción, pues si bien don Rigoberto hace hincapié de que los miembros del Rotary Club, el Kiwanis, y el Club de los Leones, pertenecen a la clase social dominante del país, considera que estos individuos en realidad gozan participando en actividades tales como "chismear," "rajar del ausente" y ser íntimos con sus compañeros, actividades consideradas dentro de la concepción binaria de género como pertenecientes a la esfera femenina. Otra razón que ofrece Mulvey para explicar la exclusión de las mujeres en estos clubes sociales es que "[the] polite society would not tolerate the discussion of traditionally male subjects such as laws and politics in the presence of women" (55). Don Rigoberto entiende de manera similar la prohibición de las mujeres en los clubes sociales del Perú porque según el personaje, "ser rotario es un pretexto para pasar unos buenos ratos masculinos, a salvo de la vigilancia, servidumbre o formalidad que [. . .] impone la cohabitación de la mujer" (LCDR 166).

De ambas citas, se deduce que tanto el hombre inglés del siglo XVIII como el peruano a fines del siglo XX desean la compañía de otros hombres sin la presencia o vigilancia del otro, la mujer. Ese anhelo del hombre por formar parte de sociedades plenamente homosociales, Eve Kosofsky Sedgwick lo define como deseo homosocial masculino. Según la autora, el hombre tiene una tendencia a formar grupos en los cuales "males enhance the status of males" (3). El deseo homosocial se distingue, sin embargo, del deseo homosexual puesto que un requi-

sito para que aquél se desarrolle es la presencia de un sentimiento de homofobia entre sus miembros. Al respecto, Sedgwick sugiere que estas relaciones de “male bonding” deben estar “characterized by intense homophobia, fear and hatred of homosexuality” (1), pues tanto la homosocialidad como la homosexualidad representan los puntos extremos en que se desarrollan el continuo de relaciones entre hombres. Es por ello, que al discutir sobre la estrecha fraternidad entre los socios del Rotary Club, don Rigoberto sugiere que ésta no es de índole homosexual, sino homosocial, al afirmar que: “[e]stoy seguro que no todos ustedes son maricones” (*LCDR* 166). Al ser el deseo homosocial homofóbico requiere, por lo tanto, la presencia femenina en la medida en que la mujer se convierte en el “exchangeable, perhaps symbolic, property for the primary purpose of cementing the bonds of men with men” (Sedgwick 26).

El pretexto de la causa eívica y del espíritu solidario se presenta como la “meta” que promueve la formación de estos clubes sociales, convirtiéndose en el disfraz detrás del cual se desarrollan las actividades homociales en los tiempos modernos. Al igual que en las relaciones homosociales se requiere que la mujer sea el artificio “in which the true partner is a man” (Sedgwick 26), las organizaciones eívicas modernas requieren de un artificio semejante, siendo éste no una mujer, sino más bien una causa mucho más abstracta que el solo deseo que tiene cada individuo de anhelar la compañía de otros hombres. El ensayo en discusión hace hincapié no sólo a las verdaderas intenciones que subyacen en la participación de muchos individuos masculinos en estas organizaciones “cívicas,” sino que también refleja la idiosincrasia del personaje vargalliosiano que rechaza todo tipo de asociación con estos clubes gregarios y por ende, su repudio a todo deseo homosocial.

La práctica y la cultura del deporte son los temas principales que se discuten en el ensayo epistolar “Diatriba contra el deportista.” La elección de un destinatario masculino no es casual, sino justificada en la medida en que el mundo del deporte, con sus cientos de jugadores y miles de fanáticos, es un espacio masculino, o mejor dicho, el espacio masculino por excelencia. La institución del deporte, vista desde una

perspectiva biológica y sociológica, se considera el “natural domain of man” (Cashmore 255). Por lo tanto, una crítica negativa hacia el deporte implica un ataque a la masculinidad y a sus expresiones hegemónicas pues el deporte es una institución sociopolítica en donde prepondera el dominio masculino y en el cual se exhibe “the most masculine qualities of the human body” (Burstyn 18), cualidades que el sistema patriarcal percibe, promueve y ensalza como ideales que forman parte del repertorio de los diferentes rasgos e imágenes que conforman la masculinidad hegemónica y dominante.

Como lo sugiere Varda Burstyn, la práctica del deporte es parte esencial del “engendering process of boys and men,” puesto que mediante la práctica del deporte tanto hombres como jóvenes y niños “are socialized into masculinity in a gender order” (11). Es decir, el deporte fomenta y forja aquellos rasgos masculinos que el sistema patriarcal patrocina, y crea a su vez un espacio homosocial resultante de la división de género intrínseca en que se estructuran las disciplinas deportivas. La admisión de un específico sexo, el masculino, permite que entre los miembros se creen lazos muy fuertes entre ellos, lo que se denomina: vinculación masculina. Michael A. Messner considera que en su conceptualización, el deporte permitió satisfacer el deseo y la costumbre de los hombres de estar en la compañía de otros hombres y por tanto “served to counter men’s fears of feminization in the new industrial society” (14).

Don Rigoberto ridiculiza aquellas expresiones masculinas que se consideran ideales dentro de las disciplinas deportivas, características del deportista de hoy. Don Rigoberto humilla al destinatario de su carta, diciéndole: “bobalicón de músculos endurecidos a expensas de su caudal de testosterona y desplome de su IQ” (LCDR 124-125). Con su comentario, don Rigoberto coloca a los deportistas al mismo nivel que los animales puesto que los deportes con sus elaborados ejercicios físicos no permiten a los atletas desarrollar una “mente sana” tal como lo proclamaban los griegos. Las exigencias del deporte moderno, caracterizado por ser sumamente competitivo y agresivo y en donde la gloria sólo la alcanza el más rápido, el más fuerte, el más violento,

es decir, el número uno, llevan necesariamente a la corrupción de los deportistas:

Tú, que, por ganar los cien metros planos del domingo, meterías arsénico y cianuro en la sopa de tu competidor y te tragarias todos los estupefacientes vegetales, químicos o mágicos que te garanticen la victoria [. . .] vives neurotizado por la fijación de la victoria, el récord, la medalla, el podium, algo que ha hecho de ti, deportista profesional, una bestia mediática. (LCDR 128)

La industria del deporte genera miles de millones de dólares gracias al patrocinio de sus clientes: los aficionados. Estos millones de fanáticos, al igual que los deportistas, participan en ritos colectivistas que don Rigoberto considera anormales, ritos de índole homosocial que extirpan a sus participantes de todo individualismo:

Nada ha contribuido tanto en este tiempo, más aún que las ideologías y religiones a promover el despreciable hombre-masa, el robot de condicionados reflejos, a la resurrección de la cultura del primate de tatuaje y tapabarros emboscados detrás de la fachada de la modernidad, como la divinización de los ejercicios y juegos físicos operada por la sociedad de nuestros días. (LCDR 124)

Según don Rigoberto, los aficionados se comportan tan irracionalmente como los deportistas, pues aquéllos están también obsesionados con los records, los galardones y los triunfos de sus equipos y de sus jugadores favoritos. Los aficionados al deporte también como los atletas llegan muchas veces a la violencia con tal de que su equipo gane. El deterioro intelectual que experimenta el deportista, tal como lo alega don Rigoberto, llega a contagiar a la hinchada que “se desgañita, congestiona, aúlla, gesticula o deprime con las victorias o fracasos de sus ídolos” (LCDR 123).

Al criticar la práctica del deporte y la obsesión de los aficionados, don Rigoberto deconstruye los rasgos más sobresalientes de la mas-



eulinidad dominante. A diferencia de los defensores del deporte que señalan que la disciplina deportiva crea campeones que representan una imagen positiva para los jóvenes, otros críticos, como Messner y Burstyn, establecen que la insistencia del héroe deportivo como modelo de aprendizaje implica que los valores que éstos representan, los masculinos, sean los únicos valores que la sociedad aprecie (Burstyn 22). Don Rigoberto, por su lado, cuestiona la propia esencia del heroísmo de los atletas, al preguntarse:

¿Dónde está el heroísmo en hacerte mazamorra al volante de un bólido con motores que hacen el trabajo por el humano o en retroceder de ser pensante a débil mental de sesos y testículos apachurrados por la práctica de atajar o meter goles a destajo, para que unas muchedumbres se desexualicen con eyaculaciones de egolatría colectivista a cada tanto marcado? (*LCDR 127*) En la pregunta anterior, don Rigoberto polemiza el contenido heroico de los deportes y asimismo cuestiona la naturaleza misma de las disciplinas deportivas. Don Rigoberto llega a la conclusión de que la práctica del deporte no solamente conduce a los atletas y a sus fanáticos a apartarse de lo espiritual, sino que además los mueve a saeiar sus instintos más básicos, que para el personaje, son los rasgos más innobles: “la vocación tribal, el machismo, la voluntad del dominio, la disolución del yo individual en lo amorfo gregario.” (*LCDR 128*)

Don Rigoberto propone que la práctica del deporte tal como se conoce en la actualidad no tiene una finalidad que vaya más allá de sus propios límites y que como actividad fútil y vacía sólo llena el ego de las personas que lo practican y de los autómatas hinchas que ovacionan a sus ídolos o equipos desde la tribuna de un estadio o frente a la pantalla de la televisión. Al comparar la práctica de este deporte con la desarrollada por los griegos en la antigüedad, don Rigoberto señala que para los griegos, la práctica del deporte era la antesala, un proceso de calistenia, que preparaba no solamente a los jóvenes atletas, sino también a los maduros espectadores masculinos a gozar de la actividad

sexual en que culminaban aquellas orgías físicas.

Tanto la práctica del deporte tal como fue concebida por los griegos como la contemplación estética o la lectura de los cuadernos que lleva a cabo don Rigoberto se presentan como la antecámara del acto sexual. La actividad sexual, según don Rigoberto, se enriquece, por un lado, con la extenuación física provocada por el ejercicio, y por otro lado, con la excitación mental resultante de la experiencia estética o literaria. El deporte, visto desde esta perspectiva, es más bien una actividad mediadora que permite al individuo trascender pues al igual que el arte transforma el acto sexual de un proceso animalesco y físico a uno espiritual y purificador.

En su ensayo “Carta al lector de *Playboy* o tratado mínimo de estética,” don Rigoberto ataca la institución de la pornografía, a la que acusa de ser generadora de entidades sexuales homogéneas que actúan de manera automática e idéntica ante un repetitivo y estereotipado estímulo sexual, un ideal femenino, creado por esta industria para su consumo masivo. Sobre el papel alienante de la pornografía, Harry Brod establece que “pornography has a negative impact on men’s own sexuality” (239). La pornografía, por lo tanto, se presenta como una amenaza a la constitución de una sexualidad propia pues ella “restricts male sensuality in favor of a genital, performance oriented male sexuality” (Brod 240). El acto sexual, tal como se bosqueja en diferentes textos pornográficos, enfatiza el acto performativo en sí, en vez de priorizar el placer sensual que la cópula trae consigo. El sexo se configura como un acto mecánico que se centra exclusivamente en ciertas partes del cuerpo, los órganos genitales, y tiene como principal meta demostrar la hombría a través del rendimiento y la repetición del acto sexual no con una, sino con diferentes parejas sexuales, enfatizándose, por lo tanto, la cantidad que la calidad. La visión de don Rigoberto sobre la pornografía concuerda con el efecto negativo de ésta propuesto por Brod, al señalar que: “La pornografía [. . .] privilegia lo orgánico sobre lo espiritual y lo mental, como si el deseo y el placer tuvieran de protagonistas a falos y vulvas [. . .]” (LCDR 285).

La pornografía se presenta también como un vehículo “for the imposition of socially constructed sexuality, not a means for the expression of autonomously self-determined sexuality” (Brod 248). Esto se visualiza claramente en la primacía y difusión de un cierto tipo de belleza física que se presenta en diferentes textos pornográficos y en la proyección de un limitado repertorio sexual. Es decir, la pornografía produce y reproduce ciertos estándares de belleza y canaliza los deseos y gustos masculinos hacia un reducido espectro de actividades (Brod 242). En este espacio pornográfico, la imposición de una subjetividad masculina propia implica asimismo la ausencia de la subjetividad de aquello que se desea puesto que el consumidor de pornografía se “relaciona” no con un sujeto sexual, sino con un objeto sexual, al que posee libremente sin “the demands of emotional intimacy or commitment” (Brod 241). Al presentarse a la mujer como un objeto fácil, deseando ser poseído, la pornografía deja muchas veces huellas profundas en las relaciones amorosas y sexuales, ya que el hombre está condicionado a buscar con vehemencia a una pareja que sea una versión similar a los objetos sexuales presentes en estas revistas e intenta asimismo imitar el patrón sexual tal como se configura en la pornografía. Esto conduce a que las relaciones íntimas con el sexo opuesto sean más bien físicas que íntimas. Sobre la influencia de la pornografía en la actividad sexual, don Rigoberto comenta que: “hacer el amor ha vuelto a ser una gimnasia corporal y semipública, ejercitada sin ton ni son, al compás de estímulos fabricados, no por el inconsciente y el alma, sino por los analistas del mereado” (LCDR 292).

La pornografía, por ende, colectiviza y hace pública la identidad sexual masculina en la medida en que el individuo se convierte en un agente pasivo, cuya imaginación y creatividad han sido suplantadas por imágenes y posturas preconcebidas de antemano por otros. Por otro lado, la pornografía, al igual que el arte, se caracteriza por ser una actividad contemplativa; no es difícil, por ejemplo, imaginarse al lector de *Playboy* mirando ensimismado a la conejita del mes. Sin embargo, la pornografía difiere del arte porque a diferencia de la distancia estética existente en este último, la pornografía provoca un ‘animal-like’ attitude

in the subject, whose primary aim [becomes] the subjugation of the representation to the body's interests" (Pease 3). En otras palabras, la contemplación de la pornografía incita el deseo sexual, mientras que el arte trae consigo una "transposición imaginativa" (Horrocks 105).

Don Rigoberto señala, sin embargo, que la mayor atrocidad de la pornografía es que carece de toda dimensión estética. La falta del componente estético en el acto sexual, tal como se representa en la pornografía, conduce a que el acto amoroso se transforme en una expresión animalesca, y su carácter público y comercial en un fenómeno gregario. Al enfatizar el aspecto estético, don Rigoberto comprende que la sexualidad solamente se puede desarrollar en el contexto del erotismo, concepto que el personaje define como "la humanización inteligente y sensible del amor físico" (*LCDR* 283). La pérdida de la dimensión estética en el acto amoroso roba a la sexualidad de su elemento erótico y lo extirpa de su condición creativa.

En su libro *La llama doble: Amor y erotismo*, Octavio Paz, en un intento por formular una definición del erotismo, señala que: "[E]l erotismo no es una mera sexualidad animal: es ceremonia, representación. El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora" (10). La sexualidad de don Rigoberto existe y se desarrolla en esa dimensión metafórica que Paz observa. Las escenas eróticas del cual el lector ha sido testigo en *Elogio de la madrastra* como las fantasías sexuales presentes en *LCDR* son principalmente ceremonia del sentimiento amoroso que existe entre los amantes. Asimismo, estos elaborados pasajes cróticos son representación en la medida en que estas fantasías se conciben como espectáculos ekfrásticos de obras pictóricas y como textos escritos que se configuran como escenas compuestas de pasajes presentes en libros, en escenas cinematográficas, y en la memoria activa de don Rigoberto.

Las creativas y extrañas fantasías eróticas que don Rigoberto desarrolla en sus cuadernos son muestras de la gran diferencia existente entre el erotismo y la pornografía. Como lo sugiere Paz, "el erotismo es invención, variación incesante; el sexo es siempre lo mismo" (15). El erotismo es sexo convertido en metáfora gracias a la imaginación

creativa, mientras que la pornografía presenta no sólo la crudeza sino el limitado y repetitivo repertorio propios de la cópula sexual. La sensibilidad y la imaginación inherentes en el erotismo se oponen, por lo tanto, a la rudeza y crudeza que caracterizan a la pornografía, siendo esto último consecuencia de que la sexualidad tal como se presenta en la pornografía, “is not mystified or made mysterious” (Horrocks 106).

Otra diferencia que don Rigoberto destaca entre el erotismo y la pornografía es que esta última ha resultado en “la desaparición de los hermosos tabúes que solían rodear [al sexo]” (*LCDR* 284). Al convertirse la pornografía en la conducta sexual estándar de todo individuo, el hombre no puede, al practicar ésta, rebelarse contra todas aquellas normas sociales que perciben al sexo como tabú. Es decir, el hombre al contemplar la pornografía, según don Rigoberto, deja de ejercer su “libertad individual” (284). Es evidente, por lo tanto, que el erotismo que define y defiende don Rigoberto en las páginas de su diario y que practica en la intimidad de su lecho matrimonial se configura como un acto transgresivo en la medida en que éste rompe con los tabúes sexuales de la sociedad. George Bataille, en su libro *Erotism: Death & Sensibility*, señala la importancia de la transgresión en el acto erótico en la medida en que “transgression does not deny the taboo but transcends it and complete it” (63). Don Rigoberto percibe que el placer sensual y erótico se enriquece no solamente a partir de una imaginación sin límites, sino también en el acto de transgredir aquello que es visto como anormal y prohibido.

Como defensor de la privacidad y de la individualidad de cada persona, don Rigoberto plantea una visión diferente del erotismo que se aparta de aquélla propuesta por los críticos, tales como Paz y Bataille. Si bien don Rigoberto halaga la calidad artística de los más importantes exponentes de la literatura erótica, él critica cómo estos textos eróticos al ser publicados se transforman en textos pornográficos pues él concibe que, “[l]a legalización y reconocimiento público del erotismo, lo municipaliza, canela y eneanalla, volviéndolo pornografía, triste quehacer al que defino como erotismo para pobres de bolsillo y de espíritu” (*LCDR* 289). Es decir, el erotismo se debe realizar en secreto y en complicidad

con la pareja. Don Rigoberto recalca el carácter privado del erotismo al despedirse de su destinatario con las siguientes palabras:

Yo, por mi parte, voy ahora mismo a hacer el amor con la Reina de Saba y Cleopatra, juntas, en una representación cuyo guión no pienso compartir con nadie, y, menos que con nadie, con usted. (LCDR 292)

Si bien a lo largo de las diatribas epistolares y las fantasías eróticas que desarrolla don Rigoberto surge la presencia de un hombre crítico y hedonista, él es consciente de que no puede escapar del marco social en que vive sin perder los privilegios que su status social y económico le ofrece:

Porque el mundo de fantasía, de placer, de deseos en libertad, mi única patria querida, no hubiera sobrevivido indemne a la escasez, la estrechez, las angustias económicas, al agobio de las deudas y la pobreza. Los sueños y los deseos son incomedibles. Mi existencia se hubiera empobrecido, vuelto caricatura de sí misma. (LCDR 330-31)

Al darse cuenta de la impracticabilidad de guiarse sólo por sus deseos, don Rigoberto trata de mantener un equilibrio entre el opresivo mundo social de hombres gregarios y el liberador espacio individual del arte y la imaginación. Como lo señala Roland Forgues, Don Rigoberto parte de "los conceptos antagónicos de la tolerancia y la radicalidad" (306). Él se desenvuelve en ese antagonismo, y por ello, reconoce los límites de ambas dimensiones, aceptando los frutos de ambos.

En el devenir de la novela, don Rigoberto es tolerante, en apariencia, de la realidad que lo rodea pero es, sin embargo, su crítico más radical. Por otro lado, es tolerante con su imaginación, pues explora los más recónditos espacios de ella, sin embargo, es radical en cómo ésta debe conservarse en privado. Su identidad se desdobra en ese individuo seguidor del "rebaño" que como hombre de sociedad acata sus leyes más básicas; y en ese ser individualista cuya sexualidad y deseos rompen abruptamente con el sistema patriarcal. Es obvio inferir que

don Rigoberto subvierte las categorías que tolera y radicaliza *vis-à-vis* el hombre masa.

## SOUTHWEST MISSOURI STATE UNIVERSITY

### NOTAS

<sup>1</sup> En mi artículo, "Rescuing the Male body in Mario Vargas Llosa's *Elogio de la madrastra*," que aparecerá en el artículo de ensayos *Disembodied/Embodied Subjectivities in the Latin American Text*, se explora los temas de la sexualidad masculina y de la deconstrucción de la masculinidad hegemónica a partir de un análisis del protagonista don Rigoberto.

### OBRAS CITADAS

- Bataille, Georges. *Erotism: Death & Sensuality*. Trad. Mary Dalwood. San Francisco: City Lights Books, 1986.
- Brod, Harry. "Pomography and the Alienation of Male Sexuality." *Rethinking Masculinity: Philosophical Explorations in Light of Feminism*. Eds. Larry May, Robert Strikwerda, y Patrick D. Hopkins. Lanhan: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 1996. 237-253.
- Burstyn, Varda. *The Rites of Men: Manhood, Politics, and the Culture of Sport*. Toronto: U of Toronto P, 1999.
- Cashmore, Ellis. *Sports Culture: An A-Z Guide*. London: Routledge, 2000.
- Forgues, Roland. "Del individuo y de la colectividad: fundamentos y aleance del discurso erótico-ideológico en *Los cuadernos de don Rigoberto*." *Mario Vargas Llosa: escritor, ensayista, ciudadano y político*. Ed. Roland Forgues. Lima: Ed. Minerva, 2001. 303-325.
- Habra, Hedy. "Postmodernidad y reflexividad estética en *Los cuadernos de don Rigoberto*." *Chasqui*. 30.1 (2001): 81-93.

- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge, Ma: Blackwell, 1990.
- Horrocks, Roger. *Male Myths and Icons: Masculinity in Popular Culture*. London: Macmillan, 1995.
- Messner, Michael A. *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity*. Boston: Beacon P, 1992.
- Mulvey Roberts, Marie. "Pleasures Engendered by Gender: Homosexuality and the Club." *Pleasures in the Eighteenth Century*. Eds. Roy Porter y Marie Mulvey Roberts. London: MacMillian P, 1996: 69-79.
- Paz, Octavio. *La llama doble: Amor y erotismo*. Séptima edición. Barcelona: Seix Barral, 1995.
- Pease, Allison. *Modernism, Mass Culture, and the Aesthetics of Obscenity*. Cambridge: Cambridge UP, 2000.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Between Men: English Literatura and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia UP, 1985.
- Vargas Llosa, Mario. *Elogio de la madrastra*. Barcelona: Tusquets Eds. 1988.
- . *Los cuadernos de don Rigoberto*. Madrid: Alfaguara, 1997.